

**TOMÁS MORO, EN UN *BIOPIC* BRITÁNICO:
UN HOMBRE PARA LA ETERNIDAD (1966), DE FRED
ZINNEMANN, UNA OBRA ACTUAL**

J. M. CAPARRÓS LERA*
Universitat de Barcelona

Tomás Moro es más importante en la actualidad que en cualquier otro momento;
y quizás más que en el mismo momento de su muerte. Pero no es
tan importante ahora como lo será dentro de cien años.

(G. K. CHESTERTON)

Resumen:

Se trata de evidenciar la actualidad de la figura de Sir Thomas More a través de la película de Fred Zinnemann, *Un hombre para la eternidad* (1966), un *biopic* británico basado en la famosa pieza escénica de Robert Bolt.

El autor sintetiza la época en que vivió Moro, su gran personalidad y coherencia de vida, así como su atractivo para el autor del guión, el propio Bolt, que era anglicano, y para el mismo director del film, Zinnemann, que era de origen judío.

Seguidamente, se analiza la película en sus aspectos históricos y estéticos, para concluir con la gran actuación del actor shakesperiano Paul Scofield, el mejor Tomás Moro posible.

Asimismo, el autor demuestra la permanencia de esta magistral obra con los 14 temas que plantea el filme, todos deducidos del personaje central.

Palabras clave: Historia de Inglaterra, Tomás Moro, cine británico, género histórico

Abstract:

It is now evident from the figure of Sir Thomas More by Fred Zinnemann's film, *A Man for All Seasons* (1966), a biopic based on the famous British stage piece by Robert Bolt. The author synthesizes the time he lived Moro, his great personality and consistency of life and its appeal to the author of the screenplay, Bolt himself, who was Anglican, and the director of the film, Zinnemann, which was Jewish. Next, we analyze the film in its historical and aesthetic aspects, concluding with the great performance of Shakespearean actor Paul Scofield, Thomas More the best possible. The author also demonstrates the permanence of this master piece with the 14 issues raised by the film, all net of the central character.

Keywords: History of England, Thomas More, British cinema, Historical genre.

Sir Thomas More, abogado, humanista, embajador y Lord Canciller de Inglaterra, sería condenado por alta traición y decapitado en Londres, el 6 de julio de 1535, bajo el reinado de Enrique VIII. Tomás Moro fue un mártir del siglo XVI –en pleno Renacimiento– y su fama y santidad corrió por todo el mundo anglosajón de aquella época. En 1929, G. K. Chesterton profetizó la revelación de Sir Thomas More para el mundo de hoy. Profecía que empezó a cumplirse pocos años más tarde: la Iglesia Católica lo canonizó en 1935, cuatro siglos después de su muerte¹.

Sin embargo, Tomás Moro –como se le conoce en el mundo de habla hispana–, pese a los numerosos escritos y estudios que se han hecho sobre él, no es un santo muy popular. Entre sus biografías, destaca especialmente la de su yerno William Roper –el marido de su hija Margaret–, que es una fuente coetánea²; la de Ernest Edwin Reynolds³ y la del historiador alemán Peter Berglar⁴; y, entre los libros de lengua castellana, la obra de Andrés Vázquez de Prada –verdadero modelo de cómo debe hacerse la biografía de un santo⁵– y la nueva edición de sus cartas por Álvaro Silva⁶.

En 1959, el dramaturgo británico Robert Bolt compuso una pieza teatral de enorme calidad escénica. Obra de teatro, *A Man for all Seasons*, basada en la vida de Tomás Moro y que fue estrenada en España con el título de *La cabeza del traidor*. Antes se había hecho centenaria en el West End londinense –presentada el GloveTheatre en 1960– y en la cartelera del Broadway neoyorquino.

¹ En el año 2000, a petición de algunos Jefes de Estado y de Gobierno, Juan Pablo II le declaró patrono de los de los Gobernantes y de los Políticos.

² William Roper, *La vida de Sir Tomas Moro*, Pamplona, Eunsa, 2009.

³ *Santo Tomás Moro*, Madrid, Rialp, 1959. Otras obras notables son las de Peter Ackroyd, *Tomás Moro*, Barcelona, Edhasa, 2003; y Louis Bouyer, *Tomás Moro: humanista y mártir*, Madrid, Encuentro, 2009.

⁴ *La hora de Tomás Moro: solo frente al poder*, Madrid, Palabra, 2004.

⁵ Andrés Vázquez de Prada, *Sir Tomás Moro, Lord Canciller de Inglaterra*, Madrid, Rialp, 1999 (2ª ed.).

⁶ *La correspondencia de Tomás Moro (1499-1534)*, Madrid, Rialp, 1998; y *Tomás Moro: un hombre para todas las horas*, Madrid, Marcial Pons, 2007



EL BINOMIO BOLT-ZINNEMANN

En 1966, el famoso productor y director Fred Zinnemann (1907-1997)⁷, que había pensado hacer una película sobre algún mártir cristiano –él era vienés, de origen judío–, atraído por la obra de Bolt, se puso en contacto con el dramaturgo para que empezase enseguida a escribir el guión y los diálogos de la que sería su próxima realización. Y Robert Bolt, que ya había tenido notable renombre en el mundo del cine con los guiones de *Lawrence de Arabia* (1962) y de *Doctor Zhivago* (1965), para David Lean, construyó el libreto del filme⁸.

⁷ Sobre este importante cineasta, vid. su célebre autobiografía: Fred Zinnemann, *An Autobiography: A Life in the Movies*, Nueva York, Scribner's, 1990.

⁸ Robert Bolt (1924-1995) ha sido reconocido como uno de los grandes guionistas del Séptimo Arte; cuenta, entre sus guiones, con el de *La Misión* (1986), de Roland Joffé.

Tanto el autor como el realizador estaban ilusionados con la historia. “Mi intención –dijo Bolt– es honrar a un hombre bueno”. Y por su parte, Zinnemann expresó: “Vi en la obra de Robert Bolt una especie de historia de suspense. Ahí había un hombre que lo tenía todo –posición, dinero, una familia, la vida...– y lo dejó todo. Fue un hombre de Dios”⁹.

Fred Zinnemann estudió las biografías y los escritos del santo y, en estrecha colaboración con Bolt, dio a luz una película histórica magistral, que sería enormemente aplaudida por el público y la crítica, batiendo en 1967 el récord de galardones: seis Oscar de Hollywood y cuatro premios de la Crítica de Nueva York, asociación que desde sus 32 años de fundación no se había pronunciado tan favorablemente con un filme, y menos de tema religioso. Después le sería concedido en Asís, el Gran Premio de la Oficina Católica Internacional del Cine (OCIC), siete de la Academia Británica y 20 premios más. En enero de 1989, había alcanzado los 25 millones de dólares en la taquilla mundial.

LA FIGURA DE TOMÁS MORO

Sir Thomas More (Londres, 7 de febrero 1478) fue un hombre sencillo, excepcional en la medida de su gran humanidad, pero completamente normal como persona. Un hombre de leyes que supo cumplir con su obligación, un padre de familia cariñoso y honesto, un político brillante y leal, un cristiano íntegro y sereno. Una persona, que habiendo llegado a la cima del éxito profesional, supo cambiar su trabajo cotidiano como jurista y escritor, para entregarse de lleno a la política. “Piensa –escribe Moro en su más famosa obra, *Utopía* (1516)– si con la sabiduría y gran libertad de ánimo no podrías acaso disponer tu voluntad para que tu ingenio y esfuerzo resulten beneficiosos al Estado, aunque ello te cause pena e inconvenientes”¹⁰.

Tomás Moro fue, pues, un católico responsable que no quiso eximirse de los riesgos de la vida política de su país. Pero al mismo tiempo que político era cristiano. Un católico coherente, con profunda vida espiritual y gran conocimiento de la teología, de quien el mismo Robert Bolt –que era anglicano– manifestaría: “Thomas More era conservador teológicamente, y eso para mí es una cualidad más. La protesta de un rebelde es sospechosa, pero la de un conservador hay que tenerla en cuenta. More nunca pensó que la moralidad era algo de lo que pudiera prescindirse. Hoy día, cuando se

⁹ Cfr. Sergio Alegre, “Entrevista con Fred Zinnemann: *A Man for all Movies*”, en VV.AA., *Historia(s), teorías y cine*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2008, pp. 171-179.

¹⁰ Vid. la más reciente edición de *Utopía*, Barcelona, Planeta, 2003.

enfrentan cuestiones morales y prácticas, es axiomático que la moralidad ceda. Lo que necesitamos en nuestro tiempo –continuaba este desaparecido dramaturgo y guionista cinematográfico– no es la oportunidad de ser como Thomas More, sino su serenidad. Podríamos encontrarle en cualquier lugar. Podría ser un hombre de alma grande que está sentado a nuestro lado en el metro. El cielo sabe que un puñado de hombres como More podrían ayudarnos a corregir el rumbo que parece llevar el mundo”.



Famoso retrato de Sir Thomas More (1927), de Hans Holbein el Joven

Y la época en que vivió Tomás Moro no era menos difícil que la actual. Las nacientes herejías, las guerras entre los príncipes cristianos, las intrigas en la Corte y el asunto del matrimonio del monarca inglés eran el telón de fondo de su quehacer cotidiano. Enrique VIII, encaprichado de Ana Bolena e inspirado posiblemente por el Cardenal Wolsey, intentó anular el matrimonio legal con Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, que había quedado viuda de su hermano mayor Arturo, el primer heredero de la casa Tudor.

Varios fueron los cambios de impresiones que tuvo el monarca con su amigo y consejero Tomás Moro, pero éste siempre expresó que no podía pronunciarse en tan delicado asunto, pues no se consideraba teólogo. No obstante, Moro –que era Lord Canciller de Inglaterra, a propuesta de Wosley–, que conocía bien al rey y sabía sus

poco nobles sentimientos al respecto, estaba en la cierta creencia de que el joven Tudor no tenía razones legales para conseguir el divorcio; o mejor dicho, la anulación del matrimonio anterior por parte del Papa de Roma.

Una vez iniciado por esta cuestión el cisma de la Iglesia de Inglaterra, Tomás Moro, viendo lo que se venía encima, renunció al cargo de Lord Canciller, para dedicarse únicamente a las letras. Sir Thomas More estaba en contacto con toda la intelectualidad europea, gentes de todas las creencias, estilos e ideologías, entre los que mantenía buenas amistades –como, por ejemplo, Erasmo de Rotterdam y Luis Vives–, y había combatido con sus escritos –al igual que el propio Enrique VIII– algunas herejías. Son famosas, por ejemplo, *Responsio ad Lutherum*, *A Dialogue Concerning Heresies* y *Refutación de la respuesta de Tyndale*.

Así, en 1534, Inglaterra rompía con Roma, constituyéndose la Iglesia Anglicana, siendo su cabeza suprema Enrique VIII. Entre las leyes aprobadas por el Parlamento había un acta –que más tarde todos los súbditos deberían jurar–, la cual ocasionaría la ruina de Moro. Era el Acta de Sucesión, ampliada luego por el Acta de Supremacía, en la se que proclamaba la invalidez del matrimonio con Catalina, la legítima sucesión de la Corona y en la que se negaba, a la vez, la supremacía espiritual del Papa en la Iglesia de Inglaterra.

Y es ahí donde estalla el gran drama de conciencia de Sir Thomas More: servir al rey sin dejar de servir a Dios. A excepción del Primado de la Iglesia en Inglaterra, el obispo John Fisher, casi todos en el Reino se someten a la voluntad del monarca, ya que el Parlamento estaba vendido a éste. Pero hay una persona influyente, Moro, buen amigo del rey, que sin descubrir sus razones –pues como hombre de leyes, sabía que le iba la cabeza–, se niega a condescender. A partir de entonces serían empleados todos los medios para destruir la voluntad de Tomás Moro: su recta conciencia que le llevaba a seguir sus dictados, aunque éstos pudieran ocasionarle la muerte por alta traición.

Es interesante hacer notar cómo luchó Sir Thomas More con sus buenas dotes de jurista, empleando todos los medios legales y nobles, para evitar la condena. Tomás Moro no quiso ser mártir –“no tengo madera de mártir”, dijo en una ocasión–, sino que intentó desesperadamente mantenerse firme sin perder la vida; pero por la grandeza de su espíritu se vio forzado, sin querer, a ser mártir a pesar suyo. Un santo para todos los tiempos, un hombre –como reza el título original– para todas las estaciones; pues, hoy día, el problema de Moro sigue siendo actual. En un mundo en el que todavía perduran regímenes que oprimen o compran las conciencias y las voluntades de los individuos, oponiéndose muchas veces a los derechos humanos y a la ley natural, a la libertad

religiosa y, en definitiva, a la pacífica convivencia entre los pueblos, es obvio que la figura de Tomás Moro está vigente y viene a ser una luz en medio del confusionismo de nuestros días: una “luz” para la eternidad; a la que, sin duda, ha contribuido esta importante película de reconstitución histórica.

UNA SOBRIA Y OBJETIVA PUESTA EN ESCENA

Era difícil, ciertamente, traducir en imágenes esta historia, contar en dos horas los últimos días de Sir Thomas More. No obstante, Fred Zinnemann, cineasta de constancia y singular genio artístico –recuérdese *Solo ante el peligro* (1952), *De aquí a la eternidad* (1954) y *Un sombrero lleno de lluvia* (1957), entre otros grandes títulos posteriores, como *Julia* (1977)–, logró una excelente puesta en escena. Su filme es sobrio, apenas se advierte en la narración ningún entusiasmo por parte del director. Zinnemann fue fiel al texto original –si bien resumiría la historia de Moro, como es habitual en los *biopics* hollywoodienses– y solamente plasma en imágenes y recrea la ejemplar vida de Moro, sin hacer juicios de valor, evocando aquel convulso período y el conflicto político-doctrinal planteado con la mayor objetividad y distanciamiento posible. Casi me atrevería a afirmar –y espero no sea excesiva mi audacia–, que difícilmente un cineasta católico hubiera sabido narrarnos mejor esta historia, u ofrecernos la figura de santo Tomás Moro con el realismo y la dimensión humana y sobrenatural que tiene la película del viejo y hoy desaparecido realizador del cine norteamericano.

Fred Zinnemann empieza contándonos el postrer período de Moro a partir de la caída del Cardenal Wosley (que encarna magistralmente Orson Welles) y, tras una bella panorámica en la que aparecen los títulos de crédito, nos introduce enseguida en el tema capital: las pretensiones de Enrique VIII, centrado en Sir Thomas More. La trama va *in crescendo* creando rápidamente el clímax de la obra y el guión adaptado de Robert Bolt. Tres secuencias sobresalen, de manera especial, por encima del resto: el encuentro y la entrevista del rey con Moro en Chelsea –directa, explícita y que nos muestra en dos trazos la psicología de ambos personajes–; la visita de Lady Alice, la segunda esposa de Thomas More –que era viudo–, con su hija Margaret, a la prisión –sobria, dura, de gran fuerza dramática y sin concesiones a la sensiblería ni al melodrama gratuitos–; y el proceso final e interrogaciones de Thomas Cronwell, secuencia del juicio muy bien construida, majestuosa, llena del esplendor de la época, en la que se crea una enorme tensión, logrando momentos de vivencia del protagonista casi antológicos.



Un joven Enrique VIII (Robert Shaw), en la entrevista con Moro en Chelsea

Otro de los valores del filme lo encontramos en la fuerza expresiva que tienen las imágenes, ya que consiguen hacer vivir al espectador el drama del protagonista, la historia que muestran. Rodado en escenarios naturales, en su mayoría –palacios estilo Tudor, la Torre de Londres, los verdes praderas del New Forest–, posee una espléndida fotografía de Ted Moore que, junto a la correcta ambientación –tiene a la vez un rico diseño de vestuario, sin ser recargado–, la meditada planificación y la notable labor de los intérpretes –logran dar con precisión la psicología de sus personajes–, contribuyen a que la película sea una obra maestra en su género.

Por último, es también interesante hacer constar el conseguido final –muy frío– de la película; pues unas breves palabras en *off* dicen más al espectador –quien puede juzgar por sí mismo, sacando sus propias conclusiones y no las de los autores– que cualquier final entusiasta, lleno de pretensiones dramáticas o moralizantes.

EL PERSONAJE CENTRAL

Para incorporar en la gran pantalla a la figura de Tomás Moro¹¹ se necesitaba, evidentemente, un actor excepcional. Un hombre que supiera prescindir de su propia personalidad y crease el personaje a costa, si era preciso, de quedar eclipsado por la magnitud de la figura del santo. De ahí que el realizador escogiera a Paul Scofield – actor que ya había interpretado con gran éxito a Moro en la escena–, posiblemente recomendado también por Robert Bolt, como protagonista de su película.

¹¹ En 1988, Charlton Heston realizó para la TV estadounidense una nueva adaptación de la obra de Bolt, con el mismo título. El galán norteamericano se reservó el papel de Moro, Vanessa Redgrave encarnó a Lady Alice, Martin Chamberlain fue Enrique VIII y John Gielgud el Cardenal Wolsey.

Paul Scofield era, por aquel entonces, uno de los mejores actores ingleses y personificaba a toda una generación de su país. Famoso intérprete shakespeariano, triunfó en 1955, en Moscú, habiéndose subido el telón hasta dieciséis veces, con gran clamor del público asistente que cantaba su nombre al unísono. Obtuvo también enorme prestigio –además del conseguido por *A Man for all Seasons*– con *El poder y la gloria*, de Graham Greene. En cierta ocasión, su coetáneo Richard Burton declaró: “Cuando vi actuar a Scofield me di cuenta de que nunca llegaría a igualarle, a su altura interpretativa, y entonces decidí lanzarme a hacer dinero”.

No obstante, el dinero ni la fama habían seducido a Paul Scofield (1922-2008). A este artista no le gustaba la popularidad y evitó siempre que pudo la prensa y las fiestas mundanas. Se ha dicho de él que era el más introvertido de los actores ingleses. “No quiero –declaró– ser el centro de la escena”. Cuando se le encargaba un papel se convertía en este personaje, no abusaba del personaje para su propio beneficio. Y tan pronto interpretó un héroe clásico como un antihéroe contemporáneo. Su figura resultaba muy humana, de expresión inteligente y aguda. Alguien escribió de él en una ocasión que tenía la cara de “ángel caído”. Paul Scofield se enamoraba de las obras. “Las escojo –dijo– por capricho, por una reacción emocional y luego voy a interpretarlas de modo que valga la pena, poniendo todo mi saber interpretativo en ellas”. “En los ensayos –decía Robert Bolt cuando lo escogió para encarnar a Sir Thomas More en la escena– no parece muy seguro; luego se abandona y logra a la hora de la verdad una pureza interpretativa muy notable”¹².



Paul Scofield es Tomás Moro

¹² Sus últimas interpretaciones para el cine fueron *Henry V* (1989), de Kenneth Branagh; *Hamlet* (1990), de Franco Zeffirelli; *Quiz Show* (1994), de Robert Redford; y *El crisol* (1996), de Nicholas Hytner.

Por todas estas razones, no puede extrañar a nadie la magistral creación que nos ofreció de Tomás Moro. Dicen –los que pudieron verle en las tablas– que su actuación en la película era superior a la de la obra de teatro. Scofield logra ser, en todo momento, el centro del filme, cautivar y expresar al espectador los sentimientos más íntimos, más sutiles del personaje, ya que parece descubrir lo que pasa en su interior. En los primeros planos nos hace vibrar con la grandeza que Moro debió tener; sus ojos son expresivos y parece que brilla en ellos el genio del jurista; el resto de su rostro, su cara risueña, es de aspecto alegre, unas veces, y triste y cansado, otras, pero dando firmeza, paz y entereza en todas sus decisiones. Y con todo, en su creación de Sir Thomas More –ya ha quedado apuntado al hablar de la puesta en escena–, Paul Scofield logró el equilibrio entre la humanidad del personaje y su dimensión sobrenatural, cosa muy importante y poco frecuente si recordamos las desafortunadas figuras que han dado de los santos algunos realizadores norteamericanos y, sobre todo, españoles. Sólo una objeción tenemos que poner a Scofield: le falta un ápice a su personaje del regocijo que tenía Moro; un agudo sentido del humor que apenas se aprecia en el actor británico, y que evoca muy bien su biógrafo Andrés Vázquez de Prada. Sin embargo, a la hora de juzgar en conjunto su actuación no podemos más que rendirnos a la evidencia: Paul Scofield es el Tomás Moro que posiblemente habíamos imaginado.

“*A Man for all Seasons* es uno de los más inteligentes filmes religiosos que se han hecho”, escribía *Time* con motivo de su estreno. Y la verdad es que tenía razón. Uno no puede añadir mejor afirmación. Únicamente hacer constar que *Un hombre para la eternidad* es, sin duda, una película para “todas las estaciones”, para todos los tiempos, un filme que es tan actual hoy como lo será dentro de muchos años; porque su lenguaje, aunque lineal, es joven; porque su personaje está en todas las épocas; pues la figura de Tomás Moro no envejecerá con el paso de los años. Para envejecer Moro, para perder importancia, tendría que envejecer a la vez el ser humano, perdiendo su dignidad su importancia dentro del orden de la creación. En definitiva, que la profecía apuntada por G. K. Chesterton sigue en pie.

ALGUNOS TEMAS QUE PLANTEA EL FILME

Finalmente, como esta película se utiliza mucho en las aulas –de enseñanza Secundaria y Universitaria– por su gran valor didáctico y testimonial, me permito añadir una serie de temas que están presentes en *Un hombre para la eternidad*, por si sirven para docentes y discentes.

Sin ánimo de ser exhaustivos, y aunque repita algunos puntos ya tratados, aquí va mi síntesis interpretativa:

1.- El compromiso cristiano en la política

Sir Thomas More era un reconocido jurista, que sintió la necesidad de dedicarse a la *res publica* para servir a su país.

Ya lo había escrito en su citada y capital obra, *Utopía*, como señalamos al principio.

2.- La vida de familia

Viudo, y con una hija de su primer matrimonio –Margaret–, se casó en segundas nupcias con Lady Alice.

Se aprecia la armonía familiar, delicadeza con el servicio, cariño y comprensión con su esposa –alaba el detalle de la comida que le trae a la prisión– y con su hija.

3.- La defensa de la fe y el Papa

Por ser fiel al Magisterio de la Iglesia –en torno al pretendido divorcio de Enrique VIII y la secesión de Roma (como al final se dio en ambos casos)–, fue presionado para que se pronunciara en favor de las leyes injustas.

Se mantuvo, como el obispo John Fisher –que fue decapitado y canonizado el mismo año que Moro–, al lado del Papa, en defensa de la ortodoxia católica.

4.- La libertad de las conciencias

Siempre manifestó un gran respeto por la conciencia ajena, e intentó que se respetara su libertad, aquello que su conciencia recta le presentaba como justo.

No obstante, cuando fue necesario –nótese en los interrogatorios o en el proceso final– elevaría la voz para defender su postura en temas no opinables, diciendo lo que pensaba con firmeza y valentía, exigiendo además ser escuchado tal como preveía la ley.

5.- La desobediencia a las leyes injustas

Moro manifiesta servir primero a Dios que al rey: en el proceso, declara injusta una ley que obliga a los cristianos a desobedecer a Dios.

Es famosa esta frase, que se reproduce en el filme: “Muero siendo buen servidor de mi rey, pero primero de Dios”.

6.- Intransigencia con la doctrina, pero respeto por la persona

Evitando toda polémica, no transige con el casamiento de William Roper –que está apartado de la Iglesia Católica– con su hija Margaret. Finalmente, por amor a ella y estima a la lealtad del padre, Roper cambia de postura y obtiene su consentimiento para el matrimonio.

Aquí se aprecia la actitud firme de Sir Thomas More, en defensa del futuro de su hija y de sus posibles descendientes. (William Roper y Margaret More serían después sus principales biógrafos).

7.- Poner los medios humanos y los sobrenaturales

Tomás Moro utiliza su competencia como jurista para defenderse a ultranza. “Me agarraré a la vida con mano firme”, dice durante el proceso.

El silencio es un arma que sabe emplear, siguiendo la máxima de “quien calla, otorga” (aunque en este caso, se sabía que era al revés). No pueden condenarle –y él lo sabe– por falta de pruebas. Además, guarda copia de los documentos y tiene todos los asuntos en regla.

Cuando va a entrar en el juicio –donde será condenado a muerte, debido a la calumnia de Sir Richard Rich–, se le ve rezar, de rodillas, invocando a Dios y a la Virgen.

8.- El prestigio profesional

Humanista, amigo personal de Erasmo de Rotterdam y Luis Vives, dimitió como Lord Canciller de Inglaterra en 1534, al no firmar las referidas Actas de Sucesión y de Supremacía.

Pero, por su prestigio, tenían muy en cuenta su competente opinión. Por eso, en Inglaterra y en toda Europa, se sabía que su silencio condenaba la actitud de Enrique VIII.

El rey, durante la espléndida secuencia de la entrevista en Chelsea –donde habla en latín con Margaret–, admira la coherencia de Moro y le pide no oponerse, que quede al margen.

9.- Lealtad con las autoridades civiles

Se manifiesta también fiel súbdito del rey, reza por el monarca y por el Reino (incluso cuando va a ser ejecutado por “alta traición”).

Como escribió en su encierro en la Torre de Londres, “el hombre no puede ser separado de Dios, ni la política de la moral”¹³.



Moro durante interrogado el proceso por Thomas Cronwell (Leo McKern)

10.- El rechazo de favores y evitar favorecer a personas no fiables

Asimismo se observa que es una persona incorruptible, que rechaza el soborno y los regalos, al igual que hacer favores a personas que pueden comprometerle. Como, por ejemplo, a Richard Rich, el jurista que busca un empleo y le traiciona al final, a quien dice –tras cometer aquél perjurio–, con el sentido del humor que caracterizaba a Moro: “Has perdido el alma, para ganar el mundo... Pero si es por Gales” (ya que había sido nombrado Fiscal General de Gales, por el intrigante Secretario del Consejo, Thomas Cromwell).

En dos momentos de la película, el monarca y Cromwell dicen a Thomas More que le concederán todo lo que pida si transige; él rechaza el triunfo y la gloria humana – que también le ofrece Enrique VIII, en la referida entrevista en Chelsea– por seguir fiel a los dictados de su conciencia.

13. Cfr. *La agonía de Cristo*, Madrid, Rialp, 1999; último manuscrito, que recuperó su hija Margaret y fue a parar a Valencia. También escribió un *Tratado sobre la Pasión de Cristo*.

11.- Evitar la crítica y la murmuración

Cuando al principio del filme se oye una conversación de crítica a la situación de la Iglesia y de los clérigos de aquella época, en la que Moro está presente, no se le ve murmurar ni condescender con los asistentes.

Tampoco critica al rey ni al Cardenal Wolsey –que eran las legítimas autoridades–, ni cae en la ironía en torno a Ana Bolena.

12.- Amistad verdadera y respeto por la ley

Por otra parte, cuando su amigo el Duque de Norfolk le pide que transija por amistad, le comenta que por amistad con él no puede ir al infierno.

En otro momento, cuando le recomienda que dé un rodeo y se salte la ley, sostiene que el demonio le condenaría precisamente por haberle engañado saltándose la ley.

13.- Incomprensión de los seres queridos y de la sociedad de su tiempo

Su esposa e hija, por otro lado, no comprenden del todo la actitud de Moro, que les ha llevado a la ruina; pero él sigue adelante por fidelidad a la Iglesia y a su conciencia.

Al final, la familia –debido también al cariño y convicciones profundas– llega a respetarle y se siente unida a su martirio. (La emotiva secuencia en la celda de la Torre de Londres es antológica).

Otro detalle es que, cuando cae en desgracia, todos le dan la espalda, hasta el barquero se niega a llevarle a su mansión en Chelsea.

14.- Perduración de la verdad

En el epílogo –con voz en *off*–, explica un narrador el trágico final de todas aquellas personas que condenaron a Sir Thomas More. No se dice, en cambio, que la Iglesia Católica lo canonizó como mártir cuatro siglos después.

Nótese que los autores del filme son un anglicano (Robert Bolt) y un judío (Fred Zinnemann), que no obstante admiraban su ejemplo, la integridad y la figura de santo Tomás Moro, y su perduración como “un hombre para todas las estaciones” (título original de la obra escénica y de la misma película).

Estamos ante un magistral filme histórico, dentro de la línea tradicional de los *biopics* británicos, que recibió los principales Oscar de Hollywood (Mejor película, Mejor director, Mejor guión adaptado, Mejor actor, Mejor fotografía y Mejor vestuario), otorgados por una Academia integrada por mayoría de miembros protestantes y judeo-norteamericanos.

FICHA TÉCNICO-ARTÍSTICA

Título original: *A Man for all Seasons*. Producción: Highland Film, para Columbia Pictures (Gran Bretaña, 1966). Productor: Fred Zinnemann. Director: Fred Zinnemann. Guión y diálogos: Robert Bolt, basado en su propia obra escénica. Fotografía: Ted Moore. Música: Georges Delerue. Dirección artística: Terence Marsh. Vestuario: Elizabeth Haffenden y Joan Bridge. Montaje: Ralph Kemplen. Intérpretes: Paul Scofield (Sir Thomas More), Robert Shaw (Enrique VIII), Leo McKern (Thomas Cromwell), John Hurt (Richard Rich), Wendy Hiller (Lady Alice), Susannah York (Margaret), Orson Welles (Cardenal Wolsey), Nigel Davenport (Duque de Norfolk), Corin Redgrave (William Roper), Colin Blakely (Matthew). Color - 120 minutos.

*Doctor en Filosofía y Letras (1980) y Catedrático de Universidad, titular de Historia Contemporánea y Cine en la Universitat de Barcelona. Director del Centre d'Investigacions Film-Història, es autor de 40 libros especializados. Con el pionero Ángel Luis Hueso, impulsor en España de los estudios sobre las relaciones Historia y Cine.